

RITMO

M. R.

DE LA JUVENTUD

PANCHO
"MUSICA LIBRE"

Foto color: Ugo Russo

- ¡BELMONDO SE CASO CON MIA FARROW!
- ¡DIENTES CUIDADOS PARA UNA SONRISA IRRESISTIBLE!
- LA CONFESION DE MAURICIO
- ¿COMO VIVEN LOS HIPPIES EN CHILE?

MACONDO...

UN MUNDO APARTE EN SANTIAGO

RITMO ESTUVO EN UNA COMUNIDAD HIPPIE, DONDE LA GENTE ACTUA, VIVE Y PIENSA DIFERENTE. VISITAMOS LA CASA DE UNA PAREJA QUE ESPERA UN HIJO; HABLAMOS CON GENTE QUE VIAJA Y VIVE DEL MOMENTO, QUE NO TIENE PUNTO FIJO NI LE IMPORTA EL FUTURO.

En realidad, decirles hippies les como ponerles etiqueta! y como todos los que parecen no lo son y muchos de los que son no lo parecen, más vale hablar de la "comunidad", como ellos llaman a este pequeño grupo de casas de adobe, bajas y campesinas, que enclavadas en los faldeos de la cordillera constituyen justamente su comunidad, que pronto piensa trasladarse en masa a Laguna Verde, cerca de Valparaíso, "donde ojalá no nos moleste la policía, buscando cosas que no existen; no nos explicamos por qué nos molestan".

Después de conocerlos un poco, oreo que los hippies y el resto del mundo se dividen o se adjetivan de la misma manera; porque conocí hippies inteligentes, hippies tontos, hippies tirados a macanudos, hippies limpios y hippies de aquellos que el desodorante "abandonó a media tarde". Hace 7 años habría sido de locos pensar en un grupo de gente joven (jaunque vi un "hippysaurio"!) que se marginaba de la sociedad para vivir a su manera, sin leyes, sin nada establecido, que sólo pensando en el presente se estableciera en Santiago. Hoy es una realidad, una realidad que se llama "COMUNIDAD MACONDO", donde está Erick, María Rosa, Raúl, Antonio, Carmen y "no sabemos cuántos más porque, la verdad, no nos fijamos en cuánta gente hay.

Cuando el taxista nos preguntó ¿a dónde van? y le contamos a dónde, ¡puso el grito en el cielo! "Ah, claro —dijo—, ellos siempre reclaman de todo, pero resulta que viajan por las carreteras que construyó esta sociedad, se visten con cosas salidas de esta sociedad, y también comen gracias a esta sociedad. Si pues, en el verano se instaló un grupo cerca de mi casa, les dábamos todos los días de comer, ¡claro que eran simpáticos!" terminó su indignado rezongo y seguimos viaje.

DEBIA ESCOGER UN CAMINO

El camino es un poco accidentado y sólo se puede llegar en auto; las casas parecen desiertas, pero de pronto una niña joven se asoma por la ventana, "no, yo no soy hippie; yo vivo acá. Golpee, por ahí andan algunos". Frente a una llave, una chiquilla de pelo largo, jeans y polera nada de inmaculada se lava los dientes junto a un rubio de barba. Son Marisa, argentina, 23 años, y Erick, de 20, brasileño. Más allá y sin camisa, pasa Raúl, un chiquillo muy "guagua" con collares por todos lados. Marisa llegó hace poco a la comunidad, es expansiva y no tiene ningún problema para hablar.

—¿Cuánto tiempo que vives así?

—Cinco o seis años, antes en Buenos Aires y Brasil, pero no te puedo decir que soy una hippie. Lo que pasa es que quiero vivir a mi manera, liberarme de todo, de la mentira, la hipocresía y esas cosas que uno lleva muy arraigadas. Antes de esto viví con mis padres, estudiaba, hacía como las demás chicas. Pronto empecé a sentir cosas, muchas cosas y decidí irme; tenía que tomar mi camino. Soy así porque... ¡me gusta! Nunca me quedo mucho tiempo en una parte, estoy con un grupo, les doy lo que más puedo de mí y luego los dejo. No pienso en el futuro, quiero vivir sólo el presente.

—¿De qué vives, digamos cómo comes, dónde duermes, etc.?

—A veces trabajo, ¡lo mínimo!, ahora bordo, estoy por terminar la primera blusa bordada, ¿viste? Cuando no tengo dinero, pido.

—¿Le pides a la gente de esta sociedad que tú rechazas?

—... Sí, claro. Trato de purificar-me; como verduras, cereales. Llevamos una vida más sana que los demás.

—¿Tú dices que la policía los molesta, ¿es por asunto de yerba y ácido o por otras cosas?

—Mirá, aquí no te voy a decir que no fumamos; sí, a veces, cuando hay, pero tratamos de no hacerlo, en todo caso nos molestan siempre.

Marisa se echa para atrás el pelo, y nos invita a pasar a su pieza, la que comparte con otros amigos. "¡Esto está todo un lío!" asegura, mientras entramos a un cuarto oscuro; medias y otras prendas íntimas están tiradas sobre la cama, tarros con colillas en el suelo, botellas vacías, bolsos, vasijas limpias y sucias, una estufa, un puff grande y cómodo donde me siento. "Toda la gente que se viste y anda con nosotros —dice no piensa igual, la mayoría vuelve a su vida normal; yo lo siento pero creo que no podría nunca. No, no estoy en contra de la sociedad misma, sino en contra del hombre mecanizado, dominado por la máquina".

PRODUCIR LO MINIMO

En el marco de la puerta aparecen (¡y digo aparecen, porque no entran, sino aparecen!) Erick y una mujer de pelo castaño y mirada dulce que está esperando un hijo. ¡De verla me da frío! Viste sólo una túnica y un chaleco de mangas cortas. Es María del Carmen, de 25 años, pero que representa más probablemente debido a su estado. Al comienzo sólo sonríe... cuando habla cautiva. María del Carmen espera un hijo de Erick, con quien viene viajando hace dos años. "Antes —explica— hacíamos teatro; trabajamos en el "Teatro Negro" de Sao Paulo, pero ahora no se puede, en todas partes hay censura. La sociedad es terrible —dice para corroborar su afirmación con un—: he sido muy maltratada en los hospitales; se me pide libreta, si digo "no la tengo" en vez de atenderme me dan sermones. Nuestros amigos nos regalan plata, por eso podré esperar a mi hijo en una clínica particular.

—¿Por qué no ganan ustedes mismos esa plata, no es egoísta vivir del trabajo y el dinero de los demás?

—(Erick sonríe y afirma) Te mostraremos que nuestra casa no es como la de los demás; nosotros tenemos lo justo, lo imprescindible para subsistir. Trabajamos en collares. Nos regalan dinero porque nos comprenden.

A la orilla de un canal y después de atravesar un pequeño portón encontramos algo inesperado; una casita blanca, con dibujos multicolores, limpia, ordenada y llena de imaginación. ¡Parece una casa de muñecas, o mejor dicho, el ideal de una casa hippie. En el dormitorio cuelgan túnicas y montones de collares; una mesa de tabloncillos y bancas



Arriba Erick, abajo Marisa.



hacen de comedor; ahí hay posters, collares, escrituras en las paredes.

—¿Te importa el futuro? le pregunto a Erick pensando en el hijo de Carmen.

—¡Qué!... nada del futuro, sólo me importa que la gente tenga conciencia que vive dominada por la máquina.

—¿Qué van a hacer cuando el niño nazca? le digo a María del Carmen, viendo que no hay estufa, pensando con quién tendrá que quedarse la guagua y miles de cosas más.

—No vamos a hacer nada pues, se quedará conmigo hasta que me necesite, después hará su vida.

María del Carmen casi siempre sonríe,



Erick y María del Carmen.





excepto cuando habla de su trabajo (escribe) y de sus dificultades: "En Brasil —explica— mis obras no se podían publicar, aquí espero hacerlo; para ayudarme me ofrecieron hacer clases de teatro en un instituto y una universidad, pero... ¡había que firmar como militante de un partido político y eso no me gustó. "Eso es lo malo de la gente".

Sin ningún problema acepta cambiarse ropa para una foto, y mirando los collares dice: "¡Yo soy materialista! Sí, soy materialista, me gusta tener lo mío pero no pacto con la sociedad. No comprendo las guerras, los kilos de TNT que nos tienen reservados los científicos a cada ser humano, ni tampoco los viajes a la Luna. ¿Para qué gastar tanta plata, cuando se trata sólo de

—¿Por qué empezaron a viajar, se quedan un tiempo determinado en cada parte?

—Una vez, dice María del Carmen, leímos un filósofo chino que decía: "vivir es caminar, quedarse es podrirse"; entonces —sonríe— echamos a caminar. Nos quedamos en cada parte lo que necesitamos para escribir y vivir. Yo escribo una especie de ciencia ficción del hombre-máquina.

—¿Desprecian nuestra forma de vida, nuestra sociedad?

—¡No! —casi gritan los dos— de ningún modo, ha hecho cosas buenas pero el hombre se echa a perder y allí está la falla.

Erick y María del Carmen son entretenidos y según parecen consecuentes, pero de la reja de su casa para afuera



Una casa totalmente hippie, para esta pareja que espera la llegada de un hijo.



"Muchos comienzan este camino —dice Marisa—, pero después vuelven a su vida normal; yo lo siento, pero no podría".

luchar por el poder? Este es un mundo de contradicciones y uno no sabe cómo hacerlo".

María del Carmen toma en brazos a "Rosita" una pata regalona y cuenta: "Soy hija de obreros, de gente muy pobre. A los 16 años trabajaba y estudiaba; tuve mi primera niña y me vine por este camino. No estaba conforme con mi vida".

Erick la abraza y no puedo dejar de preguntarle: "¿Son felices así?".

Erick me mira y afirma en su portugués españolizado: "Sí, muy felices".

nos encontramos con la otra cara de un hippie chileno. Es bastante "lolosaurio", se llama Eduardo, llega a la comunidad en auto, va a pedir ayuda a Erick y cuando nos acercamos, se hace el interesante y el inteligente ¡lo último no le resultó! Vive allí "por cuestión de paisaje" dice indiferente, mientras —según parece— hace el debut, martillando en un ropero.

Cerca de él está Raúl Bellone, 17 años, también chileno, y que hace 5 años abandonó su hogar. Habla mucho de paz, de amor, pero sin fundamentos. No sabe rebatir y verdaderamente me parece un cándido palomo. Es casi un pre-hippie sin mucha conciencia de lo que hablaba Erick, y más semeja un niño desorientado y triste. Su presente lo hace feliz, su futuro no le importa... pero está conforme.

Después de todo, pienso mirando al taxista —que nos espera con cara de "¡miren que venir a meterse aquí!"—, cada uno con su gusto.

Así fue nuestra visita a una comunidad hippie. Ustedes opinan, rechazan o aceptan; en todo caso esperamos que la visita les haya resultado novedosa. ¡Al fin y al cabo, no todos los días las "comunidades" de este tipo están en una misma parte!

MARIA YOLANDA GONZALEZ